tanto que beua la dicha mystión la mytad del peso de la dicha materia, en manera que la dicha materia quede en manera de pasta ny dura ny blanda. La qual meterás en uaso de uedrio, fecho en esta manera que se muestra por figura, el qual uaso sea bien lutado, el uno de los dos cuerpos, con buen luto de sapiencia, e la boca bien sellada de paño de lienzo e de pasta de farina; e quando será seco, mete el uaso en un forno, fecho por la figura que se muestra aquí, enterrado en arena fasta todo el luto de un cuerpo, e por encima cubierto de un cobertor de tierra, el qual será bien lutado al forno. E después farás fuego en la cámara baja del forno, muy simple e suave por 24 oras naturales, e á la fin de aqueste término, farás el fuego en la otra cámara mas alta, un poco mas fuerte, por otras 24 oras, e á la fin de aqueste término, multiplicarás el fuego, en la tercera cámara más alta, de llama de leña seca, por el espacio de 24 oras, tan fuerte como tu podrás, e á la fin de aqueste término dexa rrefriar el forno, e frio trae el uaso de fuera é ronpelo, e tu fallarás la materia de dentro congelada, dura como piedra, e negra como carbón: metela dentro en un mortero de fierro, en la quebrando e moliendo fasta que sea tornada en poluora menuda, e después aquesta poluora metela sobre el mármol en moliendo e abreuando del olio del tártaro e desecando al sol, sobre cenizas calientes, fasta tanto que aya beuido la materia del olio del tártaro á tanta cantidat como fizo primeramente del agua ardiente, e que sea tornado, asy como primeramente, en masa ny dura ny blanda, la qual masa meterás dentro en un uaso de uedrio, redondo como una pelota, el qual sea todo bien lutado e la boca bien sellada e lutada de buen luto de sapiencia, de la grosor de un dedo; e quando será seco, metelo, enterrado dentro, en tu forno, dentro entre cal biua e fas tu fuego por los grados primos, primeramente en la cámara mas baxa, de carbón, muy simplemente, por 24 oras, e en la segunda cámara un poco más fuerte, por otras 24 oras, e en la tercera cámara mas alta multiplicarás el fuego de llama de leña muy fuerte, tanto que tu podrás, por otras 24 oras. E á la fin de aqueste término, dexa el forno rrefriar e saca el uaso de fuera e rrompelo, e tu fallarás la materia asy dura como fierro e color, e en todo, e no tan negra como la primera; metela de dentro en un mortero de fierro e rrompela, la qual será mala de quebrar, e metela muy bien en poluora menuda, la cual meterás con ella 4 onzas de salitre, en moliendo muy fuerte, fasta que todo sea incorporado, e después fas una cendrada muy grande e mete á fundir de dentro dos libras de plomo, e cuando será bien fundido mete, con una cuchara de fierro, la dicha poluora, poco á poco, asy como se va tornando el plomo en fundiendo materia e cuando será acabada de ser la cendrada, tu fallarás dos marcos de fina plata de los ocho marcos de mystión, teniente á todo juysio. E por esta manera puedes tu fer, de diez en diez dias, en moliendo, abreuando e desecando, e cosiendo por el término sobredicho.

Abraza esta receta dos partes distintas, de las cuales una sola es esencial para la metalurgia de la plata; en la primera se prescriben operaciones tradicionales en los alquimistas, sobre todo en los provenzales, de quien viene sin duda la receta, y en los falsos Ramón Mull, que no son pocos los que tan glorioso nombre han tomado. Todo consiste en hacer mezclas íntimas de óxido ó silicato de plomo, limaduras de hierro y cinabrio, sobrando, por lo tanto, el aguardiente y el aceite de tártaro, que es el líquido obtenido por destilación seca del tártaro crudo. Aquí se rinden parias á las prácticas alquimistas más sabidas y usadas, y se van por caminos trillados, que con varia suerte llevaron á muchos hasta ciertos descubrimientos de poca monta y de dudosa importancia.

Es ya otra cosa la segunda parte, y con decir que cendrada y copela son para el caso presente la misma cosa, vése que se trata de un procedimiento de copelación tan rudimentario como se quiera. Sin duda creería el ignorado autor de semejantes operaciones que el plomo, tratado en la forma indicada, se convierte íntegro ó poco menos en la más fina plata, no advirtiendo que la plata iba en el plomo, lo mismo en el calcinado á la manera de los alfareros, que en el fundido en la cendrada antes de añadirle aquella masa, dura para moler, semejante al hierro y de negro color, se contenía plata, como en los minerales plomizos de Linares y de Cartagena, y lo que hace el bueno del alquimista es desplatarlos, trasmutando el plomo en óxido que se volatiliza ó es absorbido por la masa de la copela, y quedando la plata purísima, inoxidable. Se trata de una verdadera receta para extraer plata de donde la hay, no para formarla á expensas de otro metal de los que no pertenecían á la categoría de los nobles, y que por ser de color agrisado, blando, sin brillo y fácilmente alterable, dedicóse, desde muy antiguo, á Saturno, creyendo que por influjo de este planeta habíase formado en las entrañas de la tierra.

JOSÉ RODRÍGUEZ MOURELO

LA CORTIJERA

II

En las estribaciones de la sierra granadina, al pie de altos riscos coronados de nieve y entre la vegetación casi tropical de la llanura, vive en su cortijo una honrada familia de labradores. Su vida, en que alternan las rudas faenas de la labor con regocijadas fiestas bajo el frondoso emparrado que sombrea la casa, está alegrada por el cariño de su única hija, adorable chicuela de alma tan pura como los manantiales de la sierra y de belleza tan fresca y sin aliño como las de las flores que engalanan sus cabellos. Como compañera de la mocedad de Carmela vive en el cortijo su prima Rosario, acogida á la muerte de sus padres por los brazos caritativos de su única familia.

Rosario tiene amores con un vaquero, hombre de condición noble que en ella tiene puesta su alma entera y todo su cariño. Mas ella, de hermosura tan grande como su perfidia, ansiosa de brillar donde su belleza obtenga homenajes más halagüeños á su vanidad que los que pueda darle el amor de un pobre campesino, olvida sus promesas para entregar su cuerpo y su voluntad á un torero en el apogeo de su popularidad y de su renombre. Este, atraído por la hermosa cortijera, comienza la empresa como fácil conquista; pero después, encadenados sus sentidos por el querer vehemente de la hembra cuyas miradas embriagan y cuyos besos queman, se dispone á robarla del cortijo para no verse nunca privado de aquellas caricias que son necesarias á su vida. Al amanecer el día de San Juan se disponen los amantes á abandonar la comarca, antes tan pacífica, y turbada ahora por amenazadoras pasiones. En el momento de su partida se ven sorprendidos por el amante desdeñado. Este que, con riesgo de la propia, salvó la vida del torero en un apurado lance acaecido mientras ambos escogían en un cerrado los toros para una corrida próxima, viene ansioso de venganza, á tomar para sí, como precio de su amor burlado, la misma vida que salvó, y en desafío leal y encarnizado mata á su odiado rival, sobre cuyo cadáver queda abandonada y llorando la mujer perjura. Y en tanto que ésta gime en su terrible desamparo, maldecida de quien antes la adoraba, sin el sostén de quien ella buscó para su apoyo, allá á lo lejos se oyen, repetidas por el eco de la sierra, las coplas con que los mozos felices en sus amores, cantan alegremente la aurora de un nuevo día.

Tal es, á grandes rasgos, el asunto bellísimo que los señores Dicenta y Paso han desarrollado en las escenas de la *La Cortijera*, vistiéndolo con las galas de versificación á un propio tiempo lozana y correctísima. Pero aún por cima de lo que se refiere á la forma, admiro, sobre todo, la realidad de las pasiones que impulsan y mueven á los personajes de *La Cortijera*. Aquella Rosario ambiciosa y liviana, que olvida por ansia de brillar sus juramentos, que se entrega sin amor, ingrata para quien le da el pan que come, y que sólo goza con el mal que puede causar el poder perturbador de su hermosura; aquel torero que, juzgando su vida comprometida en cada instante, no encuentra valla á sus caprichos ni obstáculo que no allane para satisfacerlos; aquel vaquero generoso y enamorado, tan seguro de su valor, que no teme aparecer comedido ante la gente, aunque ésta pudiese sospecharlo de cobarde; la Carmela, tierna y cariñosa; el picador ansioso de goces que, en su niñez, sin padres, no ha conocido; el viejo bebedor; la vieja decidora y alegre; el rústico envidioso; todos los tipos, en fin, trazados por los autores de *La Cortijera*, son, no sólo figuras que viven la vida de los hombres, sino que, para bien del arte, se mueven en un fondo de hermosa poesía.

De ella se ha apoderado con gran fortuna el maestro Chapí, quien con su absoluto dominio de lo que es la música dramática, ha dado vida á las situaciones creadas por las autores del libro en su admirable partitura, rica de colores y contrastes.

Algunos números están avalorados por su gracia pintoresca, como el coro primero, tan lleno de novedad en sus ritmos; como el dúo cómico en que el picador cuenta á Prudencia sus apuros por no tener dinero para desempeñar su traje de lidia; como el otro dúo del segundo acto entre el mismo Varillas y el Sr. José, verdadera obra maestra en el comentario musical de la acción y de las palabras; como la escena de la marcha de los toreros á la plaza en el primer acto, modelo de vivacidad y alegría; como el coro, en fin, de los columpios, en que la música parece medir con su ritmo el movimiento cadencioso.

Otros números presentan contrastes magistrales en las melodías que caracterizan la situación diversa de los personajes, como el cuarteto del segundo acto, tan lleno de afectuosa ligereza en Carmela y Varillas, de reconcentrada pasión por parte de Rosario y Manuel. Igual oposición ofrece el número del *encierro*, mezcla de juramentos y promesas de amor, con la pintoresca descripción de un cuadro andaluz palpitante de vida. Pero donde más vigoroso se ve el contraste, según lo concibieron y trazaron en sus poesías los autores de la letra, es en el *final segundo*, página en la cual los enamorados, los desleales, los viejos, el infeliz celoso, cantan la impresión de su alma ante la luz de la luna, que para unos es tercero de sus amores, para otros recuerdo de dichas ya lejanas, para alguno testigo de su dolor y auxiliar de su venganza. Cada frase, cada giro melódico, cada timbre de la orquesta es el que conviene á la situación en tan hermoso final, llegando la inspiración lírica del maestro á alturas que rara vez por ningún artista se alcanzan. Tras los poéticos acentos de las voces solas, es verdaderamente admirable la coda de la orquesta por la pasión de sus giros, por su novedad, por la adorable placidez con que termina en un *pianísimo* lleno de dulzura. La canción del vaquero, que sigue, y la frase de su amenaza, tienen ya el acento de la tragedia que se avecina.

Igual fortuna ha tenido el Sr. Chapí en el admirable *coro de las hogueras*. Comienza éste gracioso y vivaz; se anima después hasta el desenfreno, como la alegría de los que, en aquella bacanal andaluza, danzan frenéticamente en derredor del fuego; languidece después con el cansancio, y se pierde, por último, en la lejanía, en tanto que los mozos y las mozas pasean su felicidad de hoguera en hoguera, las cuales vienen á ser como símbolo de sus mudables amores. Este fragmento, que parece reunir la febril alegría de las dionisiacas griegas con la melancolía de los cantares moriscos, bastaría para hacer la reputación de un compositor dramático.

Los dos dúos de Rosario y Manuel, en el primero y en el tercer acto respectivamente, ofrecen una singular propiedad y belleza en la forma popular de la melodía. El amor no tiene diferencias de sensación, pero sí diversas formas de expresión y de lenguaje, según la condición de quien lo siente. Así, el de la cortijera y el torero, debía estar expresado tal como lo ha comprendido el maestro Chapí, en formas llenas de ese ambiente de majeza y gallardía que tienen algunos cantares creados por el pueblo. El maestro Chapí, al dar vida á sus ideas, no se ha valido de formas ya realizadas en cantos populares, sino que ha creado por sí mismo las melodías, convirtiéndose por singular flexibilidad de su talento, en músico popular.

De este mismo propósito han nacido también las dos joyas que forman la canción sin acompañamiento de Carmela en el segundo acto, y la del coro en el último acto, que sirve de introducción al admirable intermedio.

Esta hermosa página está impregnada de esa placidez tranquila de la Naturaleza, con sus rumores misteriosos, con su honda quietud nocturna. A lo lejos se escucha un cantar, cuyo adorable motivo recoge la orquesta en la región aguda de los violines. Cuando mayor es el reposo y más impresión de bienestar penetra en el alma, surge de repente el drama pasional en un unísono de la cuerda y la madera en lo grave de su diapasón, acento formidable á pesar de su matiz *pianísimo*, acompañado por los acordes del metal, que hace pensar en una fuerza latente é incontrastable. Esta frase cromática descendente, una de las mayores inspiraciones que recuerdo en la música dramática, me hace presentir el amargo placer que se apodera del alma tras la venganza satisfecha.

Pero donde la inspiración del maestro llega á su punto culminante es en el sublime monólogo del amante desdeñado. Jamás la desesperación y la amenaza han tomado forma musical tan admirable, uniéndose al recuerdo amargo del amor perdido el ansia de satisfacer la idea de venganza que roe el corazón. Desde Wagner acá no ha habido compositor capaz de trazar página semejante.

Analizada en conjunto la partitura de *La Cortijera*, se ve que el maestro Chapí, dentro de la índole melancólica que el tono poético del libro le imponía, continúa su marcha segura y decidida hacia el ideal de la música en todo y sobre todo dramática. Jamás ha encontrado acentos tan justos para la palabra, ni calor tan apropiado á las situaciones, ni tal riqueza en los giros de su melodía fluida y abundante, ni tal sencillez unida á fuerza tan potente en los procedimientos instrumentales de su maravillosa orquesta. Ciegos serán quienes así no lo vean, ó estarán ofuscados por infundados prejuicios ó desorientados por la perversión de un gusto abominable. Por mi parte creo que *La Cortijera*, como obra de arte, está destinada á vivir mucho más tiempo que la generación que la juzgó la noche de su estreno.

MANUEL MANRIQUE DE LARA

DESPUÉS DEL BAILE

Palpitantes todavía las postreras vibraciones
de la música sonora que incendiara el corazón
despertando con sus notas desengaños ó ilusiones,
bulliciosos se dispersan en distintas direcciones
los galanes y las damas que llenaban el salón.

Orgullosas las beldades que lucieron su hermosura,
aún escuchan sonrientes dulces frases al pasar;
en sus ojos luz radiante, luz espléndida fulgura;
mas tal vez oculta llevan en el pecho la amargura
de la diosa que aunque brilla se ve sola en el altar.

Al volver á sus espejos recordando los honores
que se han hecho á su arrogancia ó á su talle seductor,
ó á su blonda cabellera ó á sus ojos soñadores,
pensarán, mientras arrojan con desden las mustias flores,
que su imperio ha sido el mismo pasajero de la flor.

¡Oh, cuán, triste aquella noche, la plegaria! Causa enojos
la impresión que produjeron los destellos de la luz,
de la música las notas, de los sueños los antojos...
Y el rezar es imposible, que al alzar á Dios los ojos,
sólo ven brazos abiertos si se fijan en la Cruz.

Las mentidas ilusiones que abrigaban en su mente
siempre fueron más hermosas que la fría realidad;
las palabras que escucharon del galán indiferente,
la belleza, el lujo, el baile y el placer, todo aparente,
nada dió consuelo al alma, porque nada era verdad.

El dolor que se apodera de sus almas juveniles
es muy grande si soñaron un amor, un firme amor
como el casto de las flores en los mágicos pensiles,
como aquel que les pintaron las leyendas pastoriles,
ó los versos de un poeta ó el cantar de un trovador.

Entretanto las que vieron con virtuosa indiferencia
de la fiesta los anuncios, sin soñar en un galán
que halagara sus oídos con romántica elocuencia,
ó á su paso saludase con solemne reverencia...
¡ay, aquéllas, qué tranquilas en su lecho dormirán!

¡Quién la lucha descubriera de las íntimas pasiones
que la fiesta bulliciosa despertó en el corazón!
¡Cuántos nuevos desengaños, cuántas muertas ilusiones
llevarán al dispersarse en distintas direcciones
los galanes y las damas que llenaban el salón!

MARIANO DE VAL

LA ESTATUA DE BRONCE

—Pues el secreto de la estatua del Conde de Ramírez que usted tiene tanto empeño en conocer—me dijo el Alcalde de... arrellanándose en su butaca, con el puro apagado en una mano y la cerilla encendida en la otra,—no es más que el epílogo de una de tantas aventuras galantes que el Conde corrió en su agitada vida de solterón, y que yo conozco por el Director-Jefe de la casa en que la estatua fué fundida. Todo se reduce á un detalle; y voy á satisfacer su curiosidad, revelándole un secreto, que espero sepa usted guardar mejor que yo le hago.

—Puede usted fiar en mi palabra—le contesté,—aun cuando todo el mundo sabe que el tal Conde no era santo de mi devoción, y que siempre miré con desagrado el monumento con que adornaron ustedes la plaza principal de su pueblo; no sólo porque á mi juicio el personaje no mereciera tal distinción, sino porque soy contrario al deseo inmoderado que hoy existe, de levantar estatuas á cualquiera, porque fundó una escuela ó dotó un hospital, como si estas fueran cosas nunca vistas hasta ahora y no hubiera habido en el mundo nadie más que esos señores capaces de hacer tales obras, á los que yo no he quitar ni un ápice del mérito que tengan. Perdone usted la interrupción y prosiga.

—El Conde de Ramírez, ya sabe usted que fué el verdadero protector de nuestro Municipio. Hombre rico y sin ambiciones, sin hijos á quien dejar en el día de su muerte el capital que de sus padres heredara y con algún cariño al pueblo que le vió nacer, toda su influencia y alguna parte de su dinero á él los dedicó; y no me meteré á analizar si sus fines fueron caritativos, ó simplemente filantrópicos, ó si obedecían también al deseo de merecer lo que con el tiempo ha conseguido: que el pueblo que recibió sus beneficios honrase su memoria y perpetuase su agradecimiento de una manera ostensible, para corresponder y devolver, en parte, como lo ha hecho, acción por acción y beneficio por beneficio; pero es lo cierto, que la carretera que nos une con la capital de la provincia, á su influencia se debe; que el dinero con que se sostiene el hospital, de su bolsillo ha salido, y si tenemos escuela para los muchachos, decente y hasta lujosa, no la tendríamos si el Conde no hubiera llevado allá al Arquitecto provincial, no hubiera pagado los materiales necesarios y no hubiera cedido, para este fin, los terrenos que ganó en el pleito que sostuvo durante tantos años con el Estado.

Podrá haber habido quien haga más por un Ayuntamiento, no lo niego; pero reconocerá usted que por el nuestro ha habido muchos que han hecho mucho menos, y lo que es peor, que no le han quitado más de la cuenta porque no han podido; y si entre todas estas cosas no llegan á formar una extraordinaria, tampoco lo es mucho que el pueblo le declare su hijo predilecto, dé su nombre á las escuelas que á su esplendidez fueron debidas, y una vez muerto, haya levantado en la plaza principal un modesto monumento con la estatua en bronce que le representa, sobre artístico pedestal de piedra del país. Y volvemos otra vez, al principio de nuestra narración.

Si el Conde, en su vida pública, fué lo que todos sabemos, por su vida privada me guardaré muy bien de decir que merezca ser recordado su nombre, y que su figura sea colocada en alto y con barandilla en el centro de una plaza pública.

Viéndose solo en el mundo, rico, con el acicate de las pasiones y sin el freno de la familia, su vida fué desordenada; y de capricho en capricho fué corriendo, sin encontrar un verdadero cariño que constituyera su felicidad: al principio, por exceso de orgullo; después, por temor á que le amasen por sus riquezas, y más tarde, porque vanamente desengañado por amores pasajeros, llegó á tener la certeza de que no había de encontrar nunca la pasión legítima y noble que le apartase de aquéllas, falsas y deshonrosas. El Conde no hubiera podido casarse nunca, pues él mismo se había hecho imposible el matrimonio.

Sería impertinente que le contase á usted todos los amoríos que tuvo en su vida, aparte que ni los conozco ni nos importan, ni creo que tengan nada de interesante; pero sí lo es el último, el que, según se dice, abrevió su vida y el que tiene relación con la estatua que poseemos en el pueblo.

Ella fué una tal Martina, mujer de un escultor modesto y de alguna más edad que ella, pero alegre y simpático. Matrimonio era éste que había vivido siempre en santa calma, sin nubes, tormentas, pedriscos ni aguaceros. Pero la única tempestad que sobre sus cabezas se cernió un día fué como esas de Agosto, que caldean el aire, cargan la atmósfera de electricidad, marean y perturban los sentidos, y después de un trueno fuerte, corto y sin eco, se alejan hipócritamente, como si el rayo que juntamente con el trueno se produjo, no hubiera causado terribles efectos.

En breve tiempo, el Conde, creyendo una vez más haber encontrado la mujer que le había de hacer feliz, conquistó á Martina; cargó de electricidad la atmósfera que la rodeaba, supo mentir pasiones, disculpar crímenes y ofrecer falsas felicidades, y al fin ambos huyeron, dejando muerto el corazón del infeliz que sólo cariño y afectos había tenido para su mujer.

Si encontraron lo que con su infamia se proponían, yo no sé decírselo; pero ya sabe usted que el Conde murió en el extranjero, y la comisión, de que formé parte, que fué á buscar su cadáver, á nadie encontró á su lado, ni escuchó un solo grito, ni vió una sola lágrima que enjugar. El vacío que él había hecho alrededor de un hombre fué el mismo que después de su muerte se formó alrededor de su cadáver.

—¿Pero la historia de la estatua?—interrumpí.

—Á ella hemos llegado precisamente.

Ya sabe usted que tan pronto como se trajo el cuerpo del Conde al pueblo de su origen, se proyectó el monumento que hoy existe; y por una de esas coincidencias providenciales en las cuales hay que creer, la casa que se encargó de los trabajos de fundición de la estatua tenía en sus talleres empleado al respetable artista sobre quien habían decargado los rayos que las tempestuosas pasiones produjeron.

Como escultor, estaba él encargado de retocar los modelos de cera, fieles reproducciones del original, que, como usted no ignora, una vez colocados en el fondo del horno se recubren de una tierra arcillosa que, adhiriéndose á su superficie, toma la misma forma con todos los detalles que el modelo le presenta, viniendo á constituir después el verdadero molde de arcilla, que al recibir en su seno el bronce derretido, le hace tomar la figura que el artista ha imaginado para su obra, convirtiéndose aquel líquido viscoso, rojizo y abrasador en la hermosa estatua que ha de servir de admiración á tantas gentes.

No pretendo hacer sentir á usted, porque mi palabra es torpe para ello, las diferentes sensaciones que aquel hombre experimentaría viéndose forzado á ser él precisamente quien marcase todos y cada uno de los trazos y contornos que habían de hacer al metal tomar la forma del hombre á quien odiaba con toda la fuerza de su voluntad y con todo el poder de sus sentidos; pero, realmente, si tan gran placer sentimos al ver ensalzado el nombre de un amigo querido, debe ser terrible tener por obligación que engrandecer á los ojos de todos la figura de un hombre que se sabe que es un bandido, con la certeza del que ha sido víctima de sus piraterías. La caridad cristiana enseña á hacer cosas aún más grandes; pero la realidad de la vida nos da muy pocos ejemplos de tan forzada abnegación como éste.

El infeliz trabajó, ¿pero cómo? Mecánicamente, sin arte, sin inspiración; descomponiendo la figura más de lo que en los talleres se acostumbraba, para hacer desaparecer de su mente la idea del conjunto, y con ella la de la persona de aquel hombre; y al tener ante sus ojos y trabajar con sus manos aquella cera virgen de toda forma y dócil á su voluntad, el artista en él había desaparecido: era preciso copiar, y las manos copiaban; había que hacer una figura, y la cera tomaba poco á poco la forma de un brazo, de un busto, ó una cabeza; y sólo cuando con los pinceles humedecidos en agua hirviendo suavizaba las desigualdades que la superficie presentaba, ponía en ello todo el fuego que en sus entrañas ardía, muy suficiente para haber inutilizado y fundido su trabajo.

Poseído de verdadera fiebre y lo mismo que un alucinado, la lengua inconsciente del hombre, á impulso de los pensamientos que en su mente se atropellaban, murmuraba una palabra: infame; y la mano del artista, dirigida inconscientemente también por la palabra al retocar aquella frente, hacía de cada huella del punzón el trazo de una letra, y las arrugas que le daban tan venerable aspecto quedaron formadas por una serie de ellos en los que, á poco que se fijara la atención, se leía también una palabra: infame.

Aquella cabeza se fundió, la estatua está hoy sobre el pedestal, y si alguno al pasar ante ella se descubre porque en la piedra hay unas letras que dicen: *Excelentísimo...* ó *Ilustrísimo...* diciendo una mentira, el artista vengado se ríe; porque sabe que allá arriba, en el propio bronce, tocando al cielo, donde hay justicia, y en el sitio en que se señala la honradez de las personas, hay otro letrero que dice: ¡Infame!

Y dice la verdad.

LUIS DE GOROSTÍZAGA

POETAS FRANCESES

EL CIPRES

Amo al ciprés que se levanta erguido
hacia el límpido azul del claro cielo;
amo al ciprés, cuyo ramaje entona
tristes canciones al compás del viento.
Arbol poeta que llorando savia
ama la soledad, busca el silencio,
y hace pensar al hombre, señalando
la transparencia azul del firmamento.
¡Oh ciprés!, cuyo aroma delicioso
de dulce bienestar inunda el pecho;
¡quién al ver tu corteza pensaría
que el alma de un poeta vive dentro!
Tu frente se halla llena de armonías,
que hace brotar el aire con sus besos;
tu triste corazón lágrimas vierte,
lágrimas de oro, en su dolor eterno.

PIERRE ARDOUIN